

TÉCNICA CONSTRUCTIVA DE LA PIEDRA SECA EN ASTURIAS

1.- IDENTIFICACIÓN

a) Identificación geográfica

En el Principado de Asturias esta técnica está presente en todo el territorio de la comunidad. No obstante, la práctica del conocimiento y técnica de la piedra seca es mayoritaria en la zona rural y, dentro de ella, en aquellos lugares alejados de la población y de difícil acceso, como son los pastos de altura utilizados en época estival: brañas o majadas. Su lejanía aconsejaba cubrir las necesidades de refugio, almacenaje o deslinde con los materiales disponibles in situ, minimizando las materias primas y herramientas que debían traerse de fuera, precisamente, porque la lejanía, difícil acceso y estacionalidad en el uso así lo aconsejaban. De esta forma, regían los principios de racionalización, funcionalidad y mínima manipulación de los materiales constructivos disponibles en el entorno.

b) Comunidades implicadas

En el Principado de Asturias la técnica constructiva de la piedra seca se vincula con las comunidades rurales, sin que ello permita identificar grupos socioculturales o individuos concretos que sean los exclusivos conocedores y transmisores del elemento. La sencillez tecnológica, instrumental y formal de la piedra seca permitió que quienes así lo necesitaban pudiesen poner en práctica el elemento con autonomía, recurriendo a la reciprocidad equilibrada en su entorno próximo: familiares, vecinos y amigos. Únicamente cuando la construcción ofrecía cierta complejidad se contrataba la ayuda de un profesional, cantero o mampostero.

Su experiencia en la construcción, que no en la técnica, la cual era de conocimiento ordinario, garantizaba la perdurabilidad y estética de la estructura o arquitectura.

La única identificación aplicable al elemento, que en todo caso resulta excesivamente generalista, es la de ser un fenómeno cultural rural masculinizado. Las mujeres participan en la práctica y escasamente en el conocimiento, en condiciones muy similares a los niños o aprendices, por motivos de fuerza física y otras consideraciones culturales.

c) Portadores

Las personas portadoras del elemento y que lo ponen en práctica pueden agruparse en dos tipologías que se relacionan e incluso retroalimentan entre sí.

En primer lugar, las personas que han recibido el conocimiento por los canales consuetudinarios del aprendizaje mediante la experiencia y oralidad. Aquí cabría distinguir a los hombres adultos de la casería, es decir, la unidad de explotación

agrícola ganadera asturiana, que sin ser profesionales de la construcción tienen los conocimientos y herramientas necesarias para levantar estructuras de piedra seca básicas y necesarias para su quehacer cotidiano. Su práctica habitual consiste en mantenerlas y repararlas. La otra distinción afecta a los mamposteros o canteros, profesionales de la construcción que comenzaron a trabajar de niños por tradición familiar o por haberse empleado como pinches en una cuadrilla. Su profesión les exigió manejar saberes propios de la construcción con mortero y de la piedra seca.

En segundo lugar, las personas que han adquirido sus conocimientos en Escuelas Taller o mediante otro tipo de formación estandarizada pero no reglada ni académica. Lo interesante es que sus profesores, muchas veces, son los mamposteros o canteros profesionales que se han comentado anteriormente. En la actualidad, ambos aplican sus conocimientos en la construcción de nueva planta, rehabilitación o restauración de arquitecturas a piedra seca, muy en relación con las políticas de conservación patrimonial.

Existe una profunda masculinización del conocimiento y de la práctica, si bien en esta última se aprecia cierta participación femenina. Ésta se circunscribe a la primera tipología descrita y en calidad de ayudante de un varón adulto, con el cual se mantienen lazos de parentesco, vecindad o amistad. Su "colaboración" consiste en ayudar a transportar materiales, actuar de mano de obra inespecífica o preparar la comida para los demás trabajadores.

d) Significado actual para las comunidades locales

La técnica de la piedra seca desempeña un papel fundamental en la recuperación y puesta en valor de una parte del patrimonio arquitectónico asturiano, en concreto las construcciones de los pastos de altura levantadas mediante la técnica de la piedra seca. Hoy, muchas de ellas presentan una conservación deficitaria, han sido rehabilitadas con mortero de cemento o se encuentran arruinadas. Sin embargo, los ejemplares que han sido restaurados siguiendo su técnica original de la piedra seca muestran las potencialidades concatenadas de poner en valor, apoyar y fomentar el elemento propuesto. Esto genera dos fenómenos simultáneos:

Por una parte, se refuerza la autoidentificación cultural de las comunidades propietarias de esas arquitecturas y usuarias del paisaje en el que se enclavan y al que se adaptan, en una suerte de proceso que vehicula pasado, presente y futuro. El pasado, la historia, se utiliza para construir el presente y a partir de él ir sentando las bases para un futuro viable. De forma general, es un proceso que genera orgullo de pertenencia y reconduce la pérdida (a veces consciente) de las señas de identidad, ya sea por desconocimiento o desprecio. En un medio rural esencialmente pragmático, donde las intervenciones en las arquitecturas se ajustan al criterio de máxima rapidez y mínimo costo, esta nueva perspectiva asegura el mantenimiento de los paisajes culturizados.

Por otra parte, identidad y conservación de diversidad cultural son aspectos que redundan en beneficio del sector turístico, como ya ha demostrado ampliamente el desarrollo local. Los ingresos obtenidos por esta vía y por la práctica profesional de los conocimientos técnicos de la piedra seca están ayudando a fijar población en el medio rural. Frente al punto anterior, más centrado en lo simbólico, ésta sería la vertiente o función más social del elemento propuesto.

e) Tipología y denominación

Bajo la denominación de conocimientos y prácticas culturales asociadas a la técnica constructiva de la piedra seca se engloban: (1) Saberes tecnológicos, (2) Formas específicas de conocimiento y relación con el entorno natural, y (3) Comportamientos y dinámicas culturales concretas.

1) Son los saberes necesarios para construir la piedra seca. Deben conocerse las propiedades y respuestas de los materiales; las fuerzas y empujes estructurales presentes en la construcción; el tipo de terreno en el que ésta se enclava y el clima al que deberá hacer frente. Esto condiciona la tipología formal y estética de la llamada arquitectura a piedra seca. También incluye la correcta manipulación de las herramientas propias de esta técnica, la terminología para referirse a ellas, así como a los procesos y materiales constructivos.

2) Se destaca al entorno ecológico como uno de los protagonistas de esta técnica. Era imprescindible saber dónde y cómo obtener la materia prima y, sobre todo, aprovecharla de la forma más racional y ventajosa posible. En Asturias, este tipo de construcciones son propias de los pastos de altura, lugares alejados de los núcleos de población, de difícil acceso y aprovechamiento estacional. Esto implicaba mínima manipulación, pequeño tamaño y nulo impacto ecológico. Se trata de paisajes fuertemente culturizados, pero esta técnica que utiliza materiales casi tal cual aparecen en la naturaleza, asegura una mimetización con ella. La naturaleza no es algo a conquistar, sino algo con lo que se convive y que es objeto de sostenibilidad mutua.

3) Engloba las redes de ayuda recíproca necesarias para afrontar una construcción a piedra seca, así como los roles de edad y género que funcionaban en estas cuadrillas de trabajo improvisadas, que siempre tendieron a la autosuficiencia. También el sistema socioeconómico que generó y cultivó esta técnica constructiva: una economía agropecuaria de sesgo preindustrial. Y también el nuevo modelo socioeconómico que sustituyó al anterior y que hoy está dando una nueva funcionalidad al conocimiento y práctica cultural de la técnica de la piedra seca, tras un período de crisis: el turismo. Como ya se indicó, la piedra seca configura paisajes culturizados que imprimen al territorio sus señas de identidad, lo que hoy es uno de los máximos atractivos del turismo rural y/o cultural, y es objeto de tratamiento patrimonial. En ambos casos, estamos ante la puesta en valor de la diversidad cultural.

2.- DESCRIPCIÓN

a) Consideraciones previas

La técnica constructiva de la piedra seca se caracteriza por levantar lienzos de pared sin utilizar ningún tipo de mortero, aprovechando en su lugar el propio peso de la piedra para estabilizar y dotar de solidez al muro. Las piedras así empleadas se aprovechan tal cual aparecen en la naturaleza, sin apenas ser objeto de transformación, salvo algún que otro desbaste para eliminar protuberancias. Debido a ello, la piedra seca es una técnica que mantiene una estrecha vinculación con el

entorno, por el mínimo impacto que ejerce en él y por evidenciar sus particularidades geológicas, climáticas y paisajísticas.

Sin embargo, esto no debe llevarnos a planteamientos propios del determinismo ambiental, los cuales, por desgracia, abundan en la literatura relativa a la piedra seca. Precisamente, una de las conclusiones que se extrae de esta técnica es que, pese a haberse practicado a lo largo de la historia, en los cinco continentes y con una técnica formalmente inmovilista, es capaz de reflejar la creatividad y diversidad del grupo humano que la puso en práctica. La técnica de la piedra seca surge para dar respuesta a las necesidades constructivas de estos grupos. Y es aquí donde la especificidad y la diferencia encuentran su lugar, porque esos requisitos siempre se presentan tamizados por la cultura. La necesidad de refugio y abrigo son universales, pero los medios y formas de cubrirla son culturales. Incluso en el improbable supuesto de que no existiesen patrones o convenciones previas que marcaran la diferencia, ésta vendría dada por el tamaño de los grupos familiares o su orientación económica, entre otros muchos aspectos. Por este motivo cabe más bien hablar de posibilismo y no de determinismo ambiental. Y también por ello decimos que las arquitecturas, ya sean en seco o con mortero, siempre producen paisajes culturizados. De las múltiples posibilidades constructivas que ofrece un nicho ecológico dado para responder a unas necesidades concretas, cada grupo escogerá aquellas que considera más adecuadas, basándose para ello en criterios económicos, sociales y simbólicos, es decir, poniendo en práctica “su” cultura.

La expresión de paisajes culturizados remite precisamente a este precepto teórico, a cómo la cultura moldea el medio natural en el que se practica, a cómo se manifiesta en él su trazo específico. En Asturias, los paisajes en los que se localizan las infraestructuras a piedra seca son fruto de esa acción cultural sostenida a lo largo del tiempo. Sería imposible comprenderlos sin tener en cuenta que los mosaicos de cierres de fincas son fruto del minifundismo originado por la presión demográfica desde finales del siglo XVI, que las cabañas con cercado en los pastos de altura surgen con la privatización y conquista de los comunales, con el triunfo de la ganadería estabulada frente a la extensiva, o que los *corros* en esos mismos pastos, por el contrario, indican que se mantuvo su propiedad comunal. Los rasgos definitorios de una comunidad humana, su historia, su economía y su sociedad, en definitiva, su cultura, permean todo el paisaje, de forma que permiten, al menos para los más experimentados, reconocer e identificar el lugar y la sociedad en que se encuentran.

En Asturias, las construcciones a piedra seca hoy tienen escasa representatividad y sólo en aquellos lugares alejados de los núcleos de población, como los pastos de altura, es donde se conservan de forma mayoritaria. Aquí, donde el hábitat es estacional y las arquitecturas tienen pequeño tamaño, resultaba más económico y funcional construir con piedra seca, sin tener que crear una barrera para el mortero ni perder excesivo tiempo en la construcción, desatendiendo las labores ganaderas. La materia prima se obtenía en los pedreros de las laderas de la montaña, creados por los rayos, las heladas y los cambios de temperatura que descomponían los afloramientos rocosos de la peña. Con ello se evitaban posibles avalanchas hacia la zona poblada de la braña y se ganaba espacio útil para el pasto. La misma lógica se aplicaba en los cierres de fincas banales, donde la piedra extraída al acondicionar las parcelas se empleaba para levantar estos muros sin otro aglutinante. La dificultad

de acceso y lejanía de los montes igualmente propició que la piedra seca fuese la técnica utilizada en la construcción de *cortines* de abejas y *corros* de castañas, aprovechando la materia prima que había *in situ*. Las infraestructuras mencionadas hasta aquí tienen en común su simplicidad constructiva y su pequeño tamaño, aspectos que determinaron la preferencia de la piedra seca frente a la mampostería con mortero. Se trata de construcciones que podían levantarse sin la concurrencia de un experto, cuyos honorarios habría que pagar, recurriendo únicamente al “hoy por ti, mañana por mí” de la ayuda familiar y vecinal. En ambos casos, estamos ante un manifiesto pragmatismo, donde se busca y se obtiene el máximo rendimiento al mínimo costo posible, razón por la cual algunos autores han definido la piedra seca como “la arquitectura del sentido común” (Sánchez López, 1993). Otras construcciones de piedra seca que responden a estos criterios de funcionalidad son los casetos o *abeirigos* levantados junto a las fincas, donde guardar aperos de labranza y refugiarse en caso de lluvia o exceso de sol; los corrales de concejo para estabular los ganados *prindados*, los *corripes* de los cerdos y gallinas, *cuerres* para recoger los ganados en los pastos de altura, las *ol.leras* donde mantener fresca la leche recién ordeñada, etc.

Sin duda, en Asturias, las construcciones de piedra seca debieron ser más abundantes en épocas pasadas, pudiendo afirmarse que hoy se trata de una técnica con problemas de supervivencia. Un estudio en profundidad sobre ella daría cuenta de varios aspectos que la definen para el caso asturiano: la cronología de los edificios no iría más acá de principios del siglo XX, se trata de infraestructuras y construcciones de modesto tamaño, y se localizan en lugares relativamente alejados del caserío (tierras de labor, montes y pastos de altura). La cronología expuesta resulta paradigmática del proceso experimentado por las construcciones a piedra seca en las últimas décadas, que ha dado lugar a su actual situación de retroceso o escasa representatividad. A ello coadyuvan varios factores interrelacionados que han motivado la pérdida de uso, el abandono y la ruina de muchas de estas construcciones. Entre ellos destacan el paso de una economía agropecuaria preindustrial a otra industrial; la introducción de materiales fabriles, más fáciles de obtener e instalar, como el plástico, el cemento o las planchas de fibrocemento, y el profundo éxodo rural hacia las ciudades. Todas las personas consultadas para elaborar este trabajo, coincidieron en apuntar que la piedra seca es una técnica del pasado, que ya no se utiliza en la actualidad, salvo para restaurar alguna construcción preexistente, pero nunca para levantar una de nueva planta: “Los muros sí, las edificaciones viejas, antiguas, son todas a piedra seca. Eso de los corros, yo qué sé... yo no sé de qué años datan, ya eso... Eso ye de origen ya... celta o...” (Somiedo); “Antes normalmente todo era a piedra seca, prácticamente todo” (Llanes). Sin embargo, como se expondrá más adelante en este trabajo, también está aconteciendo un proceso de signo contrario, tendente a la rehabilitación y conservación patrimonial de las construcciones a piedra seca, donde se entrelaza el impulso económico (turismo) y el identitario-emotivo (patrimonio, opción personal), que se perfila como una vía de revitalización y actualización de la piedra seca.

Muy en relación con este último punto se sitúan las preguntas ¿qué nos atrae de la piedra seca?, ¿por qué ahora sentimos la necesidad de otorgarle un estatus patrimonial? No resulta sencillo contestar a estos interrogantes, ni aquí se pretende dar una respuesta exhaustiva, pero sí al menos reflexionar sobre dos cuestiones. La

primera, de carácter general, que establece la valoración a partir de la pérdida de funcionalidad. Sólo cuando ésta tiene lugar entrarán en juego consideraciones patrimoniales, muy en relación con la historia y el tiempo fuera del presente, por tanto algo que escapa al control humano y que nos atrae (Prats, 1997). La segunda, de carácter más específico, que a su vez puede desglosarse en los binomios tradición/cambio y primitivismo/modernidad.

En el primer caso, las arquitecturas a piedra seca remiten a un tiempo pasado, que hemos reconstruido como reflejo inverso de los miedos e incertidumbres de la época actual. Un tiempo en el que hemos proyectado los anhelos del presente y que interpretamos bajo la óptica de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Así, reconstruimos la sociedad campesina como una especie de Arcadia, en la que no existían conflictos de clase o género, sino que primaba la armonía y la solidaridad; donde no se generaban luchas de poder porque las personas eran felices con lo que tenían y no aspiraban a más; donde se trabajaba con satisfacción mientras se entonaban cantos populares. Este discurso nace precisamente a finales del siglo XIX, cuando la revolución industrial, el movimiento obrero y el éxodo hacia las ciudades se percibían como una pérdida y un peligro para aquello que se conocía y que después se denominó tradición. En definitiva, tal y como se expresa al comienzo de *El violinista en el tejado* (Norman Jewison, 1971), película que precisamente se centra en el cambio de lo conocido: “sin la tradición, nuestra vida sería tan inestable como un violinista en el tejado”. Así, utilizamos la tradición para crear la ilusión de permanencia, seguridad y control.

Por norma general, suele entenderse que lo más antiguo es por definición también lo más tradicional. Y aquí es donde la piedra seca destaca sobre otras arquitecturas populares, vernáculas o tradicionales. Su sencillez técnica (piedra sobre piedra, falsa cúpula) y formal (edificios simples y pequeños) ya aparece en etapas prehistóricas. Este primitivismo produce cierto vértigo cronológico y nos conecta con el pasado más lejano. Da la sensación de que es una técnica que ha logrado sobrevivir al paso del tiempo, sin experimentar cambios, convirtiéndose en un *survival* (Tylor, 1871), que nos atrae por su vigencia en el presente pese a su antigüedad. De hecho, en la literatura sobre la piedra seca, una y otra vez, se alude a su conexión con el Neolítico o la Edad del Bronce como uno de los factores que la dotan de prestigio, valor y hacen necesario su reconocimiento patrimonial. Por ejemplo, la falsa cúpula que caracteriza las cabañas de pastores de muchas provincias españolas, entre ellas los *corros* asturianos, se compara insistentemente con el *tholo* micénico del Tesoro de Atreo. Esto indicaría una supervivencia de sociedades pasadas en el presente, que logra conectarnos con ellas en una especie de cadena de ADN de la humanidad y que consigue dotar de estabilidad el presente. Al romper con la teoría evolucionista de la humanidad, según la cual siempre se tiende a alcanzar mayores niveles de progreso y complejidad según avanza el tiempo, se convierte en algo anómalo que, por su excentricidad, llama la atención y seduce. Y es en este punto, donde surge la atracción general hacia el primitivismo y hacia la piedra seca en concreto. Al igual que nos maravillamos de la técnica implícita en las pirámides del Antiguo Egipto (2500 a. C), porque no logramos comprender exactamente cómo pudieron construir las (técnica avanzada en tiempos antiguos), de la misma forma nos fascina que en el siglo XIX ó XX, se construyesen edificaciones a piedra seca sin recurrir a los adelantos técnicos de la época (técnica simple en tiempos modernos). Evidentemente, en todo

este discurso de carácter más emotivo que científico, se obvia que la técnica de la piedra seca no existe en sí misma, sino sólo cuando es puesta en práctica por un grupo humano para responder a unas necesidades que, como ya se ha indicado, siempre están mediatizadas por la cultura. Lo importante no es la técnica *per se*, sino el uso que hace de ella la sociedad, es decir, su actuación. En este concepto se incluyen los conocimientos y su transmisión, los agentes sociales, las tipologías constructivas, las herramientas, los usos, las relaciones sociales, etc. Aspectos todos ellos que, en tanto culturales, están sujetos al paso del tiempo y no permanecen inamovibles.

El presente texto expone las conclusiones obtenidas tras realizar en 2016 un trabajo de campo parcial en los concejos de Somiedo, Quirós, Llanes, Gijón y Tapia, como paso previo para elaborar el informe aportado por Asturias a la candidatura de la piedra seca como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la Unesco, acorde con la ficha Representative List of the Intangible Cultural Heritage of Humanity". En dicha candidatura participa España (con trabajos conjuntos de Andalucía, Aragón, Asturias, Baleares, Canarias, Cataluña, Extremadura, Galicia y Valencia), Grecia, Chipre, Bulgaria, Croacia y Suiza, si bien finalmente también se han sumado otros países europeos hasta alcanzar el número total de diez. Se optó por realizar muestras en los concejos mencionados para obtener una panorámica ajustada a la realidad cultural asturiana, cubriendo la llamada zona central, oriental y occidental, en busca de especificidades zonales que enriqueciesen la candidatura asturiana. Las personas entrevistadas, cuyo anonimato se respetará y cuyos *verbatim*s serán identificados en el texto con la única referencia a su concejo de pertenencia, se relacionan directamente con la piedra seca por su profesión de canteros y/o profesores de cantería en diferentes Escuelas-Taller. Esta circunstancia facilitó el conocimiento de técnicas constructivas que son comunes a la piedra seca y al mortero, si bien algunas de ellas son más propias de edificios levantados con la segunda. No obstante, se ha preferido incluirlas en este trabajo por su evidente interés y valor cultural.

b) Concepto de la piedra seca

La técnica de la piedra seca consiste en construir con “piedra sobre piedra” sin emplear ningún mortero de unión entre ellas y aprovechando su peso natural para dotar de estabilidad a los paños murarios. Las piedras se utilizan prácticamente tal cual aparecen en la naturaleza. Tan sólo se modifica, en aquellos casos que se requiera, su forma quitando alguna protuberancia o *nudu* con el *punteru* y la maceta. Es la “arquitectura de lo disponible” (Martín Galindo, 2006: 839). Esta aparente simplicidad contrasta con la habilidad técnica que se requiere, tanto a la hora de seleccionar las piedras según su forma o tamaño para determinadas partes de la construcción, como para encajarlas unas con otras de forma que el muro sea sólido. Este último proceso es el que más tiempo conlleva, de ahí que las personas consultadas coincidan en afirmar que la piedra seca es mucho más compleja y difícil de realizar que las construcciones con mortero: “La piedra con piedra es donde se ve el qu’*es canteru*” (Llanes) y

La piedra seca, claro, ye mucho más complicada que andar con [barro]... es que normalmente se hacía con barro... ye mucho más complicada de hacéla, yo hice

varias paredes por ahí... porque hai que dir forrando, hai que dir... bueno, anivelando las piedras mui bien con piedra pequeña... y bueno, [es un trabajo] mucho más fino... a piedra seca haces el doble menos. (Quirós).

Quizá éste fue uno de los motivos por los cuales la piedra seca sufrió un importante retroceso. Cuando se extendieron los nuevos materiales de construcción como el cemento y se democratizaron los vehículos a motor, resultando más fácil acceder a los montes y pastos de altura, la reparación de estructuras dejó de hacerse con esta técnica: “Ahora es mucho más fácil ser cantero que antes, el cemento lo tapa todo, es muy fácil levantar un muro” (Quirós).

Al no llevar aglutinante que haga innecesario el perfecto encaje entre piedras, se debe prestar mucha atención a su selección y a cuñarlas con lascas, llamadas *raxas*. Se trata de piedras de tamaño no superior al de una mano y aplanadas, que suelen ser resultado de haber desbastado una piedra más grande para adaptarla a las necesidades constructivas del paramento. Las que tienen forma triangular se denominan “*raxa de boca d’hachu*” (Quirós). De forma general, se utilizan para “tapar la buraca”, es decir, los agujeros que quedan entre las piedras, y para formar junto con bloques más grandes las *encamas* o asientos sobre los que se apoyará la siguiente hilada, nivelando la *encama* y creando una superficie lo más lisa posible:

Las *raxas* eran como un tipo de cuña pa calzar... una cuñina (...). Eran las [piedras] que se ponían pa calzar, pa que no se pudieran tornar las piedras... que ahora mismo se rellena con cemento, pero antes eran *raxas* (...) ahora mismo tú colocabas esta piedra y si por hache o por be cojeaba d’equí la forrabas con una *raxa* y ya pa que nivelara pa que además quedara... porque normalmente cuando las colocabas tenían que no se mover, ¿eh? pa que luego después las otras que pusieras que no bailaran (...) esa era la misión de las cuñas, que se llamaban *raxas*. (Llanes).

Las *raxas* se colocaban por la cara interna de los lienzos que formaban el muro, de modo que no fuesen visibles al exterior, y también se utilizaban para rellenar la cámara que había entre ambos, junto con diferentes cascotes. Ambas prevenciones tenían una motivación estética y funcional. Primero, se conseguía crear un lienzo aparentemente homogéneo e igualado, en cuyas oquedades pronto se iría depositando tierra y creciendo pequeñas plantas que terminarían ocultándolas. Segundo, al colocarse por la cara interna, se dificultaba el desprendimiento de las *raxas*, siempre más probable debido a su pequeño tamaño.

Las *llábanas*, *losas* o *lisos* son el tercer elemento utilizado en la construcción a piedra seca. Son bloques de piedra planos y de poco grosor que se extraen de los afloramientos rocosos muy estratificados, sin apenas esfuerzo. Suelen utilizarse como cubrición, ya sea a modo de techumbre, como en los *corros* y otras cabañas, o para tapar la terminación de los cierres de fincas con *cobixaso tapasy* protegerlos de la lluvia.

Según su forma y tamaño, los tres tipos principales de piedra utilizados en la construcción a piedra seca son: los bloques pétreos de tamaño y funciones variables (mampuesto, dintel, jambas, etc.), las *raxas* y las *llábanas*. La estabilidad de

cualquier edificación va a depender de su correcto encaje y del equilibrio de pesos y fuerzas ejercidos por ellas dentro de la estructura. La ausencia de mortero obliga a ser particularmente meticuloso con esta cuestión, porque en caso de haber un punto débil o inestable, la construcción terminará por ceder y desmoronarse en este lugar.

c) El conocimiento del entorno: tipos de piedras y canteras

Igualmente, la estabilidad de las construcciones a piedra seca depende en buena medida de la calidad de las piedras seleccionadas para su edificación. No todas presentan la misma resistencia ni cualidades mecánicas y, precisamente, un buen profesional debe conocer toda esta casuística para realizar una obra de calidad.

Antes de comenzar cualquier construcción, es necesario proveerse a pie de obra de la piedra necesaria, según el principio consuetudinario de que “el montón de piedra siempre tiene que ser mayor que la casa, para que alcance” (Gijón). Estas labores de obtención y acarreo podía realizarlas el cliente, recurriendo a la institución de la *andecha*, el profesional contratado con su cuadrilla o ambos en conjunto, con el objeto de abaratar los costes. En cualquier caso, la selección del material obtenido era una labor esencial, consistente en determinar y separar las piedras más aptas según su papel estructural dentro de la construcción: “el cantero tien que trabayar la vista” (Llanes). En este sentido, cualquier piedra es válida, sólo debe saber reconocerse la función que mejor cumplirá según sus características:

[Una vez] vino un poceru a ayúdame... y decía yo «Apúrreme aquella piedra» y decía él... decía «Pero ¿cómo es posible que desde ahí veas tú una piedra que va a quedar ahí clavada?» Es qu’el canteru ya tien que ver desde lejos la piedra que va valer p’aquí, valen toas. Pa mí... yo nun... a lo mejor empezaban algunos, cuando empezaban, a escoger piedra, digo «No se puede, las piedras valen toas» Hay que ver dónde la puedes colocar, pero valer valen toas, ¿eh? Es así. La experiencia lo hace, la vida... ¿cuántas piedras pasarían por las mis manos? (Llanes).

A la hora de seleccionar las piedras para la construcción, se tenía en cuenta cierto criterio estético, de modo que las que presentaban una superficie más lisa se destinaban a los paramentos externos del muro y las de perfil más irregular al relleno de la cámara. Junto a ello, se procuraba colocar la cara más lisa de las piedras hacia afuera, en la parte visible de los muros, y la más desigual mirando al interior.

El conocimiento del entorno resultaba fundamental en esta fase. No sólo el cantero, sino cualquier *paisanu*, sabían dónde estaban los afloramientos, pedreros o canteras que daban mejor piedra. Muchos de ellos se localizaban en terrenos comunales, pertenecientes al pueblo o parroquia, y que podían ser utilizados por sus vecinos previa consulta a los demás. Otros se encontraban en terrenos particulares, para lo cual debía solicitarse permiso a su propietario. Lógicamente, siempre se procuraba obtener la piedra en el lugar más cercano a la obra, para minimizar el esfuerzo que suponía su transporte. Por esta razón, era habitual que se utilizase la piedra extraída *in situ* despejar el terreno en el que se pretendía levantar un muro o una construcción. Cuando se trataba de cerrar una finca, se lograba optimizar su

aprovechamiento como tierra o prado al limpiarla de pedruscos y cuando se trataba de un pasto de altura, se evitaban las posibles avalanchas de piedras hacia la zona en que se disponían las cabañas. Las canteras no deben confundirse con las de gran superficie que hoy suelen ser explotadas industrialmente. Más bien se trata de filones o yacimientos de corta extensión que se aprovechaban recurriendo al circuito de la reciprocidad equilibrada:

Eran mini-canteras, no era una cantera de explotación, era a lo mejor una cantera d'un vecinu qu'a lo mejor tenía allí tal... y oye te decía: «Bueno, si te hace clase saca tal o lo que te haga falta». Sabías que tenías que agradecerle el que te había dejao sacar, que siempre se compensaba con... si tenía que hacer algo, había qu'hace-y algo de trabajo pa él gratis, como dicen «una mano con otra se lava, y con las dos la cara», pues así era la cosa, porque «manos que no dáis, ¿qué esperáis?». (Llanes).

Lo que determina que una piedra sea considerada buena o mala depende de dos factores interrelacionados. La dureza, que influye en su manipulación, y la textura o porosidad, que afecta al agarre respecto a las demás piedras. En este sentido, todas las personas consultadas coinciden en afirmar que la peor piedra era la cuarcita. Cuando se localiza en las zonas pedregosas de las laderas de las montañas, denominadas *oxaso grandas*, recibe el nombre de *oxiza* o *piedra de granda*, y cuando se extrae del río se denomina simplemente *regodón*. No obstante, cuando no había otra disponibilidad de piedra no quedaba más remedio que utilizarla en la construcción, aunque en este caso se procuraba asentarla con mortero y evitar la técnica de piedra seca. La cuarcita es muy densa, de ahí su extrema dureza, que dificulta su desbaste y “mata las herramientas” (Quirós), es decir, termina por estropearlas. Además, ofrece una superficie muy lisa que hace que las demás piedras resbalen y no asienten sobre ella. Las piedras *ferriales*, con alta concentración de hierro, tampoco son las preferidas por los profesionales debido a su gran dureza y resistencia a ser trabajadas:

La caliza gris normalmente... la misma caliza lo hay más bronco, que se dice, más... se trabaja peor que lo otro... lo mismo en la roja ¿eh? La roja también hay... en la roja quizás hay mucha piedra que tiene hierro, que te pones a trabajarla y normalmente la herramienta pues se estropea mucha herramienta por culpa d'eso (...) en la gris también suele haber, pero menos, pero en la roja sobre todo, en [lugar concreto] hay piedras que no las entra el puntero, ¿eh? porque tienen mucho yerro las piedras. (Llanes).

Las mejores piedras para construir sin mortero son, por tanto, aquellas fáciles de manipular con las herramientas y que ofrecen una superficie rugosa: arenisca, caliza (en sus variedades gris, blanca, azulada y rosada) y pizarra. Sin embargo, no es conveniente mezclar varios tipos de piedra en una misma edificación, “no pinta bien” (Tapia), porque su respuesta a los empujes estructurales es diferente y puede ocasionar que una parte del paramento ofrezca más debilidad que otra.

Las *llábanas* y los bloques de piedra de gran tamaño, destinados a dinteles, jambas o *machetas* (terminaciones verticales de los muros donde se encaja la portilla), debían extraerse de las canteras. Las primeras se obtenían en aquellos afloramientos

veteados, es decir, con una gran estratificación, lo que provocaba que de forma natural las piedras se desprendiesen en lascas. Bastaba simplemente con disponer cuñas en la fractura natural y golpearlas con la maza para conseguir una buena *llábana*: “con mui pocu trabaju están hechas” (Llanes). Las segundas requerían más esfuerzo y en ocasiones era obligado el uso de dinamita. En ese caso, debía solicitarse permiso al Ayuntamiento y fijar el día en que se realizarían las explosiones, por cuestiones de seguridad. La extracción comenzaba introduciendo en la roca una barrena, cuya longitud podía alcanzar los dos metros, golpeándola con una maza. Entre dos personas iban girando la barrena, ayudándose con agua, para que el polvillo generado no impidiese el giro. Después, se retiraba la barrena y en el agujero resultante se introducían dos o tres cartuchos de dinamita e incluso seis o siete para los bloques muy grandes. Se retacaban con tierra bien apretada para asegurarse que la explosión rompiera la roca y que el cartucho no saliese despedido al estallar. Se procuraba disponer una mecha muy larga, porque con la explosión salían despedidas muchas piedras y, de no tomar la suficiente distancia, podían alcanzar a los trabajadores y causar un accidente. Los bloques de piedra así obtenidos podían ser demasiado grandes, por lo que en la misma cantera se los partía o se les daba una preforma muy basta con el *zutrón*.

Una vez obtenida la piedra necesaria, sólo restaba trasladarla hasta pie de obra. Muchas veces, cuando el punto de extracción se localizaba en un terreno abrupto y pendiente donde no podía entrar el carro, debía recurrirse a la tracción de bueyes para que transportasen por arrastre los bloques de piedra más grandes y pesados.

d) Técnicas constructivas

Las técnicas constructivas de la piedra seca son muy similares a las de la arquitectura con mortero, al igual que las terminologías para referirse a ellas y las herramientas utilizadas. Como ya se ha indicado al principio de este trabajo, parte de la tecnología que sigue es más propia de las edificaciones con argamasa, pero debido a su valor cultural se ha optado por incluirlas.

Toda construcción, aunque sea un sencillo muro de deslinde, comienza por la creación de unos buenos cimientos. En caso de no hacerse, se corre el peligro de que el peso del muro sobre el terreno blando termine por hacer que éstos pisen y se resquebrajen. Para evitarlo, se excava una zanja o *sanja* que reproduce en planta la fisonomía de aquello que se proyecta construir. Esta zanja suele tener unos veinte centímetros de profundidad, hasta llegar a una capa lo suficientemente sólida, el llamado “terreno fuerte” *ocascachu*, consistente en un estrato pedregoso. Se sabe cuándo se ha llegado a este nivel por su dureza, porque “la herramienta ya no hace mella en él” (Llanes). Antiguamente, si existía cierta dificultad para llegar hasta este firme, se optaba por cimentar sobre vigas de haya aún verdes, por ser una madera que “nunca pudre, aunque se sumerja en el río” (Quirós). Ya sea sobre *cascachu*, o roca madre, es conveniente adecuar la superficie de la zanja con el picopara igualar su superficie y asegurarse de que presenta un apoyo idéntico en toda la construcción. Es importante que la zanja esté excavada en un mismo tipo de terreno que ofrezca el mismo comportamiento mecánico: “o va todo en firme, en *cascachu*, o va todo en vacío, si no, parten los muros” (Quirós).

Seguidamente, ya se puede comenzar la propia cimentación, disponiendo dentro de la zanja una cama de piedras, las de mayor tamaño y más bastas, porque no van a ser visibles y su aspecto es secundario. Esta cama debe nivelarse cuidadosamente, para lo cual es necesario quitarles barrigas o protuberancias con el *punteru* y la maceta. Una vez se llega “a flor de tierra” ya puede comenzarse a *paredar*, es decir, construir las paredes de la edificación, ahora sí, con cierto sentido estético. En aquellas construcciones de gran tamaño situadas en pendiente, muchas veces es necesario reforzar la cimentación con una zapata. Se trata de un tipo de cimentación en superficie y vista, que consiste en un muro corrido más ancho que los del edificio que apoyan en él.

La estructura de los muros está formada por dos lienzos de mampostería entre los cuales se encuentra la cámara *omacizu*, que es un relleno a base de cascotes y *raxas*. Es importante disponer ambos tipos de piedra en plano, para minimizar su empuje hacia los lienzos externos y evitar que estos pandeen con el tiempo. En los muros a contra terreno, además, debe procurarse inclinarlas ligeramente hacia la pendiente como medio para evitar que el agua proveniente de ésta quede atrapada en el interior del muro. Las bajas temperaturas congelarían y contraerían ese agua que, al dilatarse después con el calor, terminaría resquebrajando las piedras. Por lo general, se necesitaba un trabajador que fuese levantando cada uno de los dos lienzos exteriores, de forma que al llegar a cierta altura ya se pueda rellenar la cámara creada entre ambos.

En lo que respecta a la colocación de las piedras para ir creando estos paños, debían seguirse varios principios básicos:

La norma de “dos sobre una y una sobre dos”, que indica que las piedras deben disponerse a matajunta o “a matar juntas” (Somiedo), sin que las líneas de testa coincidan en línea para trabar mejor el paramento. Junto a ello, éste debe conservar la horizontalidad en todo momento, utilizándose el cordel como guía. Para ello, a los extremos del muro se disponían sendas estacas entre las que se tendía un cordel tensado que actuaba como referencia. A medida que aumentaba la altura del muro también debía subirse este cordel¹. En este sentido, resulta interesante la siguiente anécdota, muy oportuna para fijar conocimientos en los aprendices del oficio de cantero:

Fue mi padre a hacer una obra a una paisana mayor, y tenía un bar ella allí en [lugar concreto]... y diz el mi padre: «Y tú ¿cómo quies la paré?» y diz la paisana: «Dos sobre una, una sobre dos, todas a cordel y que ninguna toque d'él», la paisana entendía. (Quirós).

No obstante, en las construcciones más sencillas y de poca altura, como las *corras* de castañas, podía prescindirse del cordel y levantarse “a ojo de buen cubero” (Llanes), siempre que hubiese alguien con experiencia que asegurase la fiabilidad de la infraestructura.

¹En la década de 1950, ya se utilizaba como nivel una manguera transparente con agua en su interior, llamada *nivelador*, doblada en forma de u. La altura de las marcas de agua de sus extremos servían como referencia para mantener la horizontalidad de los paramentos.

Las piedras podían colocarse de canto o “al más valir” (Quirós), apoyándose en su canto, denominación que hace referencia a la mayor superficie que ocupan en fachada y que hace que se necesiten menos piedras para continuar construyendo el lienzo. El caso opuesto era la colocación “al tizón”, apoyatura sobre la tabla, donde la piedra penetra más en el interior del muro pero, por el contrario, ofrece menos superficie visible y obliga a utilizar más piedras. De emplearse en exclusiva, con la primera técnica se consiguen muros más delgados y con la segunda más gruesos.

Debe evitarse que las piedras queden “a sobre plomo” o sean *mexonas* (Quirós), respectivamente formando ángulo agudo y obtuso respecto a la verticalidad del paramento. La primera denominación hace referencia a que la piedra sobresale de la línea marcada por la plomada y la segunda metaforiza la posición del pene al orinar. Ambas indican una mala colocación que puede comprometer la estabilidad y conservación del muro. Las piedras *mexonas* crean barrigas en la pared y las “a sobre plomo” facilitan la acumulación de agua. Esto es especialmente peligroso en los muros levantados “a turria” o *mataterreru* (contra terreno), porque se retiene en su interior la humedad que proviene de la pendiente sobre la que apoya.

En los paramentos de cierta envergadura, cada cierta distancia, deben colocarse unas piedras pasantes, que atraviesan el muro de lado a lado y sirven para coser los paños a la cámara y evitar que el conjunto se desmorone: “pa que amarren a pared” (Tapia). Estos pasantes se combinan con los semi-pasantes, piedras que penetran dos tercios en la cámara y se disponen alternativamente en ambos paños del muro, adoptando un perfil similar al de una cremallera. Ambos tipos de pasantes se colocan aproximadamente cada cincuenta centímetros en altura, entre *encama* y *encama*², y a una distancia horizontal entre ellos de dos metros. Es habitual que sobresalgan ligeramente del paño de la pared, actuando como testigos del sistema constructivo. Las personas consultadas no pudieron concretar el motivo para ello, pero una de ellas razonó que, a la hora de realizar una reforma, por ejemplo abrir una ventana en una casa, la visibilidad de los pasantes indica el juego de fuerzas y tensiones del edificio, y permite saber si es o no oportuno crear un vano en el lugar proyectado. En Llanes, cada vez que se colocaba un pasante, allí también denominado *pasera*, el cliente ofrecía un cuartillo de vino a los trabajadores, lo que equivale a medio litro aproximado: “Era una cosa que se decía: «¡Joaquín!, ¡pasera!, ¡cuartillu de vinu!»”. A raíz de esta costumbre, parece ser que se originó la picardía entre las cuadrillas de cantería de colocar piedras que sobresalían del muro y simulaban ser pasantes, para cobrar en vino y realizar un pequeño descanso.

A continuación se describen otras técnicas constructivas que, si bien no tienen el carácter troncal de las anteriores y algunas de ellas son más propias de la arquitectura con mortero y a cargo de canteros profesionales, todas ellas conforman un corpus de conocimiento consuetudinario sobre la arquitectura popular que contextualiza la específica de la piedra seca.

A la hora de construir un edificio, lo primero que se levantan son los esquinales, porque se utilizan de referencia para trazar el resto del paramento a través del

²Se denomina *encama* al conjunto formado por varias *filadas* (hileras de piedras).

cordel, que precisamente se tiende en grupos de tres de esquinal a esquinal. Por este motivo, en la fase de construcción, las esquinas siempre tienen más altura:

Lo que mandan son las esquinas, las esquinas siempre van por delante de los demás. La fundación es que las esquinas siempre va por delante de los demás, siempre, siempre tienen que ir por delante, porque son las que te mandan pa hacer... la casa a derechu... la fundación es la esquina siempre. (Llanes).

Los esquinales siempre se realizan al *trescantu*, técnica que consiste en colocar las piedras de modo que sus cabezas no queden en línea, es decir, disponer los sillares cruzados, acción que recibe el nombre de *trescortiar*: “trescantu es lo que acompaña a la esquina para sujetarla” (Quirós). Esta técnica es propia de los profesionales de la cantería, como bien indica el refranero: “non amarra l’esquineru ensin trascantu y cruceru” y “si no fueren los trescantos, les esquines y cruceros, y otros que llamen esconces, todos seríamos canteros”³.

La apertura de vanos también se efectúa guiándose del cordel tendido entre esquinales. Las puertas más sencillas cuentan con recercos de tres piezas: la solera, el dintel o *sobrepuerta* y la jamba o *cantón*. Pero también existen fórmulas más complejas, donde la jamba se compartimenta en tres piezas que, ascendiendo desde la solera hasta el dintel, se denominan: *aguya*, *tranqueru* y *aguya*⁴. De todas estas piezas, únicamente la solera y el *tranqueru* son pasantes, es decir, que atraviesan o “abrazan” (Quirós) el muro de lado a lado. Por razones estructurales, el dintel sólo abarca una parte del muro, cubriéndose la restante con travesaños de madera o *llábanas* ligeras. De otro modo, su peso resultaría excesivo y terminaría por romperlo, pues no hay que olvidar que, además del suyo propio, hacia el dintel confluyen los empujes del muro que sostiene. Por esta razón, para aliviar la carga de los dinteles, sobre ellos suelen colocarse dos pasantes que superen el ancho de las jambas, uno en cada extremo. En caso de que rompa el dintel, lo que suele hacer por el centro, estos pasantes hacen de tope por aportar un peso extra en sus bordes, que contrarresta la trayectoria de la ruptura y evita el derrumbe del muro. En la jamba, ya sea monolítica o de tres piezas, se practica una regadura vertical (en el dintel es horizontal) para encajar la puerta que, dependiendo de los casos, puede situarse más o menos retranqueada respecto a la fachada. La opción de máximo retranqueo resulta muy útil contra la lluvia, por evitar su incidencia directa en la puerta y crear un pequeño hueco en el que resguardarse.

En lo que respecta a las cabañas circulares realizadas a piedra seca, como *corros* o *bel.lares*, la especificidad técnica se concentra en su falsa cúpula. Ésta se crea por aproximación de hiladas con piedras de una longitud que puede oscilar entre los quince y los treinta centímetros, aunque siempre se procura que sean de un tamaño similar. Se disponen con una ligera inclinación centrífuga al vértice de la cabaña para

³ Voz “trescantu”, en *Diccionario General de la Lengua Asturiana*, Oviedo: La Nueva España, 2004, p. 1218.

⁴ Existe cierta ambivalencia en los términos utilizados para denominar las piezas de la jamba, que puede causar cierta confusión. Por ejemplo, la *aguya* también recibe el nombre de *cantón*, el *tranqueru* puede denominarse igualmente *esconciu*, etc. Con el objeto de facilitar la comprensión del texto se ha optado por simplificar la terminología, aún a riesgo de empobrecer el vocabulario al respecto.

aportar estabilidad a la cubierta y se coronan con una piedra de cierto tamaño, que evita la entrada de lluvia⁵:

Los corros eran circulares; entonces ibas haciendo el muro hasta una cierta altura [1,20 metros] y luego de ahí empezabas a hacer la bóveda, que ye todo en piedra, y entonces pa la bóveda ibas sacando las piedras en cada hilada ya ibas cogiendo piedras grandes que te amarraran el muro de abajo, ya ibas en cada hilada que hacías todo en redondo, ibas sacándolas un puquitín p'alante, no mucho, pa que no te cayeran. Entonces ibas luego amarrándolas hasta que llegaba un momento en que llegabas arriba, a una cierta altura, sólo te quedaba, nada, un huequín, y tapabas con una piedra grande, una losa grande encima. (Somiedo).

Para impermeabilizar aún más la cabaña, evitar goteras y aislarla del frío, la cúpula se reviste con *tapinos* (trozos de césped). Esta operación, que debe realizarse todos los años, se denomina *entapinar*.

Por razones obvias, en aquellas construcciones de uno o más pisos, cuando la altura de los paramentos excede a la que se puede trabajar de pie con comodidad, debe colocarse un andamio. Solía construirse con madera de haya, por su gran flexibilidad: “dobla, pero no rompe” (Quirós). Su montaje comienza practicando un agujero en el suelo donde se hincará una hilera de postes que deben ser tan altos como el edificio que se proyecta construir y sin empates, por cuestiones de seguridad. Únicamente puede añadirse una extensión en la parte final, cuando ya queda muy poco para terminar la construcción:

Normalmente, pues los postes siempre se hacían a la altura que tuviera la casa... porque los postes tienen que tener su resistencia... era unu hasta arriba, sin empates ni nada... claro, porque si ponías un empate... en el empate era muy fácil de separar. Sí se solía hacer algún empat y se le colocaban... pero lo menos, a lo mejor si no llegaba bien arriba, a lo último, donde no tuviera mayormente ya mayor resistencia, donde no pudiera tener mayor resistencia, entonces colocabas el poste con unas tablas por cada lau ¿eh?, pa que... las tablas que fueran bastante si era posible largas, pa que no tuviera movimiento el poste, pero normalmente los postes mejor que llegaran arriba del todo. (Llanes).

Seguidamente, sobre estos postes apoyan unos barrotes introducidos en los mechinales⁶ que, para tal efecto, se abren atravesando el muro que se está construyendo. El conjunto de estos barrotes recibe el nombre de *barrotera*. Su anclaje a los postes se realiza a partir de un taco de madera o una palomilla clavados en aquellos. Si tienen el suficiente grosor, además se les practica un pequeño rebaje, para introducir parcialmente el barrote, que así cuenta con una doble apoyatura. Para mayor seguridad, el conjunto se ata con una cuerda, aunque antiguamente se utilizaba una *cibiecha* (soga confeccionada torciendo dos varas de avellano) en

⁵ Hoy en día, muchas cabañas utilizan esta apertura como salida de humos, disponiendo en ella un conducto de chapa o policloruro de vinilo (PVC) que hace las veces de chimenea.

⁶ Denominados *michinales* en Quirós y *machinales* en Tapia.

sustitución de los clavos. Los apoyos de la *barrotera* se van distribuyendo a lo largo de los postes, a una equidistancia equivalente a la estatura de los trabajadores, pues lo que hacen es marcar la posición en altura que tendrá cada uno de los niveles o pisos del andamio. Por ello deben situarse a una altura que permita a los trabajadores trabajar erguidos, sin encorvarse ni ponerse de puntillas. Una vez montada esta estructura, sobre la *barrotera* se disponen unas tablas de al menos noventa centímetros de ancho y una longitud aproximada de tres metros⁷, que formarán la superficie de trabajo donde se descargue la piedra y se sitúen los obreros. Este piso debe tener la suficiente holgura como para que estos obtengan una buena perspectiva del muro que están edificando y controlen su verticalidad. Una vez montado el andamio, la piedra, el barro y las tejas se suben a través de rampas de tablazón.

Los muros construidos “a turria” o *mataterreru* presentan la particularidad técnica de contar con el *puntíu* para drenar el agua del terreno y aislar el edificio de sus efectos. Se trata de una zanja excavada en la pendiente que recorre toda la zona de contacto entre ésta y el edificio y desagua en sus extremos. En el lado de la zanja que toca la pendiente se disponen unas piedras separadas entre sí, de forma que permiten la circulación del agua, mientras que en el lado que toca el muro del edificio las piedras se colocan juntas, para evitar el paso del agua y redirigirla hacia los puntos de desagüe. Ahora el *puntíu* se cubre con losetas de piedra, pero antes se enguajarraba y tapaba con paja, helecho o caña de maíz. En ambos casos, el conjunto se cubre con tierra.

Los muros de cierre de las fincas pueden presentar desagües de dos tipos. Unos son pequeños orificios que se abren los muros situados en terrenos propensos a acumular aguay que podría llegar a perjudicar su estabilidad. Para evitarlo, en la parte más baja del muro se dispone una hilera de troncos que ya se encuentren en estado de putrefacción, pero que aún sean capaces de soportar el peso del muro que se construirá sobre ellos, y con una longitud superior al ancho del propio muro, el cual atraviesan de lado a lado. Terminado el muro, los troncos se retiran a mano y, de no ser posible, por ejemplo, porque el muro choca con la pendiente del terreno, se dejan dentro hasta que terminen de pudrir y se deshagan por sí solos. El otro tipo de desagüe son las *sangraderas* o *agueiros*, pequeñas canaletas creadas con piedras verticales y horizontales formando una especie de túnel que traspasa el muro de lado a lado y vierte el agua al camino. Su función se potencia excavando una zanja que, partiendo de la sangradera, cruza el camino y conecta con sendas zanjas paralelas al mismo. Los muros también pueden disponer de *paseras*, es decir, piedras sobresalientes del paño murario, dispuestas de forma escalonada, a modo de peldaños, para franquear el muro. Las *paseras* deben penetrar al menos hasta la mitad del muro, de forma que su anclaje sea lo suficientemente seguro como para soportar el peso de una persona.

La terminación de las infraestructuras de tipo murario, como los cierres entre fincas, una *corra* de castañas o un *cortín* de abejas, se realiza disponiendo *llábanas* que

⁷ Al menos hasta la década de 1950, en vez de tablas, se utilizaban lienzos de *xebatu* (entretejido de varas de avellano). Si la obra que se estaba llevando a cabo era una cuadra o cabaña, estas piezas se reutilizaban para crear el piso del pajar.

sobrepasan ligeramente el ancho del muro, denominadas *cobixas*. Con ello se busca impermeabilizarlo y evitar que se desmorone por efecto del agua que se ha colado entre las piedras de la cámara. La colocación de las *cobixas* comienza disponiendo las de los extremos del muro, a partir de las cuales se tienden los tres cordeles de referencia para mantener la horizontalidad; a continuación se instala la central y a partir de ella las demás, en dirección a los extremos. Las *cobixas* pueden colocarse horizontalmente o con una ligera inclinación, que sirve para evidenciar la propiedad del muro. Esto es muy importante a la hora de dirimir pleitos entre colindantes, porque su inclinación indica su pertenencia a la finca hacia la que vierte. Por el contrario, si la terminación tiene un perfil “a caballo”, creado por una piedra semicircular con doble vertiente, significa que el muro era medianero y pertenecería a cada colindante, por haberse construido en terreno cedido por ambos para tal efecto. La relación entre la morfología de los muros de cierre y el derecho de propiedad también se evidencia en su posición respecto a la pendiente del terreno. Una localización contra terreno indica que el muro pertenece a la finca situada inmediatamente arriba, porque “está sujetando la finca” (Somiedo). Por el contrario, un muro situado en la vereda de un camino a partir del cual el terreno forma un talud, pertenecerá al camino, es decir, a la vecindad, y deberá ser reparado en *sestaferia*, “porque está aguantando el camino”:

Hay cierres que son de la finca y hay cierres que son públicos, del camino. Normalmente el cierre de arriba suele ser de la finca y el cierre de abajo del camino (...) yo te estoy hablando de sitios pendientes, en sitios llanos no sé” (Somiedo).

Finalmente, los muros de deslinde de fincas pueden tener un tratamiento específico en el cerco vertical del vano de entrada a la finca o recinto que circunvalan, donde se situará la portilla. Por lo general se resuelve con una piedra monolítica, llamada *mourón* o *frontal*, o con varias piedras dispuestas a modo de esquinales, llamadas *machetas*. En ambos se practican los agujeros necesarios para encajar después la estructura de la portilla.

e) Los constructores a piedra seca

La simplicidad técnica de la piedra seca hacía que cualquier persona del ámbito rural tuviese los conocimientos necesarios y fuese capaz de levantar una infraestructura de forma autónoma, sin contratar a un profesional de la cantería. Asimismo, era habitual que las casas dispusiesen de las herramientas básicas (pico, maceta y puntero) para este tipo de construcciones o de otras similares que podían realizar su misma función. En todo momento se buscaba la autosuficiencia y las personas sabían cómo solucionar ellas mismas las necesidades cotidianas o cíclicas que surgían en la casería:

Pa los cierres de fincas tampoco necesitas muchos conocimientos... la gente de los pueblos normalmente defiéndose p'hacer un cierre d'esos, tampoco tien mucha ciencia (...) a ver, tú metes al dueño de una finca de esas a hacer una fachada de estas de piedra [de una casa] y nun tien ni carajo, pero sin embrago

pa un cierre de esos sí, vas colocando las piedras, uniéndolas un poco, matando las juntas, cortando las juntas, vas por dos caras... (Somiedo).

Cuando se trataba de edificios u obras de cierta envergadura levantados *ex novo*, siempre se podía recurrir a la ayuda del *curiosu*, persona con una habilidad especial y una experiencia notoria y probada en unadisciplina, en este caso la construcción a piedra seca, que no llegaba al conocimiento del profesional y que tampoco exigía una retribución económica por sus servicios. Por lo general, se trataba de un vecino que era reclutado dentro del circuito de la *andecha* o reciprocidad equilibrada:

Normalmente en cada pueblo siempre había uno o dos que se le daba mejor... pues a mí dáseme mejor poner piedra, a aquel otro dásele mejor cortar madera, pues a ver (...). Pero bueno, luego en cada pueblo siempre había uno o dos que se las daban... siempre hay uno o dos que destacan en... ja, ja, ja... en casi todo o en alguna cosa en específico y... como pa la matanza también, siempre hay uno o dos encargaos de matar los gochos, los demás ayudan. (Somiedo).

Casi todas las obras de nueva planta requerían del concurso de varios trabajadores, en especial teniendo en cuenta que cerrar una finca de tamaño medio podía llevar hasta dos semanas de arduo trabajo. El reclutamiento de esta mano de obra también se realizaba dentro de este circuito, sin rebasar nunca el ámbito de la vecindad o de los pueblos muy cercanos. Esto tiene cierta lógica interna, basada en el principio de la igualdad como regulador de un intercambio de favores que también son equivalentes. Los vecinos compartían un mismo espacio casual y productivo, lo que hacía que sus necesidades fuesen muy similares y que solicitasen favores muy parecidos. Además, ayudando al vecino en sus tareas cotidianas, uno evitaba enfrentarse a problemas futuros, lo que indirectamente implicaba velar por los propios intereses. Por ejemplo, si no se le ayudaba a reparar el cierre de una finca en la que pastaba el ganado, éste podía salir y entrar en los cultivos de los otros vecinos, estropeándoles la cosecha. El otro principio que regulaba esta red de solidaridad era la obligación de devolver el favor. Esto se realizaba de forma diferida, es decir, que no tenía por qué ofrecerse la contraprestación de forma inmediata, sino cuando surgiese la necesidad de ayuda. Junto a ello, la vecindad evitaba el esfuerzo y los costes de un traslado, cosa a la que había que enfrentarse cuando se requería la ayuda de un *curiosude* fuera, porque aunque no cobrase nada por ello, debía ofrecérsele alojamiento y manutención mientras durasen las obras. Ésta incluía desayuno, almuerzo y cena, lo que excedía con creces la comida festiva que la casa receptora de ayuda servía a los participantes de la *andecha*:

Traías a alguien específico d'algún sitio, d'algún pueblo, de... porque había pueblos que había más gente dedicada a eso, a poner piedra, y a lo mejor traías a ese a jornal, le pagabas el jornal, a lo mejor dormía en tu casa, tenía que dale... a ver, de comer, de cenar y de dormir porque era de otro pueblo que igual tardaba una hora o dos caminando, entonces, pa aprovechar los días pues quedaban en tu casa. (Somiedo).

Sahlins, quien acuñó la expresión "reciprocidad equilibrada", la define como un circuito en el que "las transacciones estipulan una retribución de valor o utilidad conmensurados dentro de un período finito y no muy largo" (1983: 213). El siguiente

verbatim resulta muy ilustrativo de los criterios seguidos en la red de la reciprocidad equilibrada:

Todo como se dice, de *andecha*, en unión (...), era una cosa de vecindad, yo hice muchos trabajos sin cobrar un céntimo, porque era... eran cosas que se hacían en ayuda unos de otros. Cuando había que ir ya a otro sitio la cosa cambiaba... salvo que fuera un amigo. (Llanes).

La mano de obra reclutada por *andecha*, sin que mediase jornal alguno, alcanzaba tanto a hombres como mujeres, aunque cada uno formaba parte de una cuadrilla de trabajo diferente, acorde con sus roles de género y sus aptitudes. Los hombres se encargaban de los trabajos más peligrosos y que requerían mayor fuerza física: extracción de piedras en la cantera, manipulación de las mismas y levantamiento de paramentos. Las mujeres se empleaban en las tareas de transporte de piedras medianas y pequeñas hasta pie de obra, relleno del macizo y en las labores de intendencia, como preparar la comida para los trabajadores y proveerles de agua para beber. Incluso los niños de la casa peticionaria de ayuda también colaboraban dentro de sus posibilidades, compartiendo con las mujeres el transporte de piedra, *amacizando* el muro y algunas labores de intendencia, como ir a la fuente a por agua u otros recados menores. Mujeres y niños se conceptuaban como pinches de la labor principal, realizada por los hombres, a quienes se subordinaban y “complementaban”. No tenían entidad propia en este campo y actuaban únicamente como facilitadores. En definitiva, nunca eran los protagonistas:

En los pueblos antes tenías que hacer de todo, incluso ir ayudar al... pues al marido a lo mejor, a... bueno... ayudar a echarles el relleno o bueno... hombre, antes las mujeres normalmente pues iban... en los pueblos estaban en las casas haciendo las labores de la casa, en las tierras... luego esos otros trabajos más eso encargábanlos... era más o menos distribuido el trabajo, yo hago esto, tú haces eso. (Somiedo).

En principio, pudiera parecer que la fuerza física es lo que determina esta situación, pero sus raíces son más profundas y enlazan con los parámetros culturales del grupo social. Siguiendo las argumentaciones de Bordieu, las ocupaciones masculinas se definen por su brevedad, peligrosidad y espectacularidad, lo que contrasta con las femeninas, caracterizadas por su continuidad y mutismo. Este mismo autor defiende que “para ser masculino, un hombre debe estar dispuesto a luchar e infligir dolor, pero también a sufrir y soportar dolor” (2000: 45). En sus ocupaciones, existe cierta vinculación con los aspectos principales que perfilan la guerra, sobre todo el riesgo y la violencia. En la cantera podía haber múltiples accidentes, ya fuese al colocar los cartuchos de dinamita o al manipular los bloques de piedra de mayor tamaño. Lo mismo sucedía a la hora de confeccionar los muros de una construcción, sobre todo si ésta alcanzaba cierta altura. Las personas consultadas refirieron varios accidentes laborales por caídas del andamio o aplastamiento de bloques de piedra. Asimismo, la violencia está implícita en el propio esfuerzo físico que debe hacerse para levantar piedras o manipular algunas herramientas como el *zutróno* la maza, que puede llegar a pesar hasta cinco kilos y debe manejarse con ambas manos. Físicamente una mujer podría realizar estas mismas tareas, dependiendo de su constitución, pero culturalmente no, porque no encajaba con la simbología de su posición femenina. Junto a ello, estos trabajos implicaban espacio público y relación grupal, aspectos

que tampoco casaban con el contexto femenino, centrado en la casa y las labores realizadas en solitario. Esto no significa que la mujer estuviese confinada entre las cuatro paredes de su hogar, porque en la zona rural las exigencias de la casería determinaban que saliese a trabajar en las tierras de labor, *llindar* los ganados, segar los prados, etc. Pero las crecientes responsabilidades de una mujer casada la obligaban a pasar gran parte del tiempo en la casa cuidando a los enfermos y ancianos, preparando la comida, recogiendo el desorden o colando la ropa, y delegar los trabajos de afuera en las mujeres jóvenes de la casa. En cuanto al contexto relacional femenino, éste se circunscribía mayoritariamente al ámbito familiar y no contaba con espacios específicos como los chigres, casinos o concejos abiertos masculinos. De esta manera, se observa cómo las prácticas relativas a la piedra seca evidencian la cultura del grupo humano que la actúa y desarrolla.

Para el mantenimiento y reparación de estructuras a piedra seca ya preexistentes, no solía necesitarse ayuda externa, sino que la familia podía encargarse de ello en solitario. Después de todo únicamente consistía en recolocar piedras desprendidas. El principal agente desestabilizador es la nieve que, al depositarse sobre los paramentos, aumenta el peso que deben soportar y suele provocar el derrumbe de piedras, movidas por la presión ejercida desde arriba. Estas labores de reparación no eran continuadas y sólo se ponían en práctica cuando el desperfecto podía llegar a comprometer la función que desempeñaba la infraestructura:

Normalmente no, no le hacen nada a no ser que caiga ¿eh? Sí, sí, aquí la gente, a ver, a las fincas normalmente, home, pues a lo mejor te cae una piedra y cuando vas a limpiar el prao coges la piedra y pónesla encima la paré, otra vez ahí, pero normalmente hasta que no cae un trozo nun... nun le hacen nada, porqu'eso más o menos, homé, tú ves qu'a lo mejor va yendo y dices tú «Uy, no sé si esto aguantará este invierno» bueno, o así, pero déjaslo, hasta que no caiga no le haces nada, a no ser que tengas mucho tiempo libre, claro, pero nadie quiere buscarse trabajo extra. (Somiedo).

La época para realizar estas reparaciones era el otoño, justo antes de que llegase la temporada de nieves y cuando el ritmo de trabajo en la casería experimenta un descenso. Éste era el momento en que se determinaba qué infraestructura convenía arreglar para que las heladas y las nieves del invierno no la estropeasen y aumentase así el costo y esfuerzo de rehabilitación en la primavera. No convenía retrasar demasiado la obra, porque, según bajaban las temperaturas, era más difícil manipular y colocar la piedra: “la piedra no tira, ta mui fría” (Quirós).

3.- SALVAGUARDA

a) Los sistemas de aprendizaje

El conocimiento técnico de la piedra seca no requería un aprendizaje específico. Como ya se ha indicado, desde pequeñas, las personas aprendían ayudando a sus mayores en la construcción o reparación de las infraestructuras de la casería y colaborando en idénticas tareas con sus vecinos. Se trata de un aprendizaje paulatino, donde según se iban cumpliendo años se desempeñaban cada vez tareas más importantes, hasta llegar a experimentar todos los trabajos implícitos en la

técnica: peonaje, selección de piedras, relleno del macizo, desbaste de piedras, levantamiento de lienzos externos, etc. Este proceso no es exclusivo de la piedra seca, sino que formaba parte de la instrucción general que toda persona recibía a lo largo de su minoría de edad hasta llegar a conocer en profundidad todos aquellos aspectos que lo convertirían en un hombre o mujer de provecho para la casería, capaz de llevar sus riendas en el futuro.

Los profesionales de la cantería, por razones obvias, también conocían la técnica de la piedra seca y, si bien su aprendizaje se basaba igualmente en la experiencia y oralidad, exigía algo más de dedicación, especificidad y esfuerzo. Lo habitual era que, tras finalizar la escuela, las personas orientasen su futuro profesional ingresando como aprendices en diferentes oficios, para desempeñarlos con dedicación exclusiva o como complemento a la casería. Según pasaban los años, iban adquiriendo la experiencia necesaria para ascender laboralmente o establecerse por su cuenta:

Mi padre fue cantero de toda la vida. Yo empecé con diecisiete años con él. Nooo, miento, empecé tirando de cabrita⁸, en unas cuadras haciendo allí, (...) con quince años, yo salí d'escuela con quince, [empecé] porque nun quedaba más remedio, bueno, yo... siempre me gustó la cantería pero bueno, d'aquella salíes d'escuela y nun había más qu'eso y pagábante unas perrucas el paisano y hala, de aquella nada, mui poco (...). Tuve con él... decidime una vez, después de tres años, yo a tomar las riendas yo (...) bueno, ya empezaba yo con el paisano, mi padre pues tenía otru paisano tamién que taba jorobáu d'una mano de la guerra y traíalu siempre con él ganando jornal y, bueno, ya me empezó él a «Ponte aquí a colocar alguna piedra pa que vayas aprendiendo» y bueno, historias d'esas (...) a veces él cogíame la piedra y no sé, «Ponla aquí, hai que ponerla d'esta forma, hai que tal», a preparáila ¿sabes? (Quirós).

El oficio del padre muchas veces determinaba la futura dedicación del hijo, pero esto no siempre era así y había ocasiones en que funcionaban criterios de afición o interés personal:

“[Mi padre fue madreñero], yo sé hacer madreñas y nunca en la vida me gustó, nunca... yo fue un oficio que... yo creo que si tengo que hacer madreñas... a lo mejor nun... hubiera pasao hambre. [La cantería] siempre me gustó, siempre me gustó, es una cosa que tovía hoy, por donde haiga trabajos de cantería pierdo tiempo ahí con mirar (...) pues es una cosa que yo creo que sale de... d'uno mismo, sí, porque... qué sé yo... yo no sé explicar el decir... el por qué me gustaba tanto la piedra y no me gustaban las madreñas que era lo que tenía en casa (...) yo me fijaba en que aquello que guapo estaba o que no estaba guapu. Yo empecé siendo pinche, pues entonces yo les alimentaba la cal, les colocaba cerca la piedra... y en los momentos que tenía tal iba yo colocando alguna piedra para ir aprendiendo el oficio, y entonces pues sí, llegué a... a ser canteru. (Llanes).

⁸ Recipiente de madera donde los pinches transportan el barro ya preparado para usarse en las construcciones a mortero.

Este aprendizaje consuetudinario, basado en la imitación, experiencia y oralidad, entró en franca decadencia en la década de 1980, cuando se puso en marcha el programa de Escuelas-Taller y Casas de Oficio, de la mano del triunfo de los denominados “sistemas expertos” o de logros técnicos. Estos son fruto de la fragmentación del conocimiento en diferentes áreas estancas, de modo que sólo las personas iniciadas en ellas saben manejar esos saberes. Este conocimiento específico hace que confiemos en los expertos, aunque no sepamos qué hacen o cómo lo hacen. La fiabilidad ya no estriba en los individuos, sino en las capacidades abstractas que se les presumen (Giddens, 1994). Por ejemplo, siempre preferiremos encargar la construcción de una casa a un arquitecto y no a una persona sin titulación pero con probada experiencia en ese campo. La preparación y control del arquitecto sobre su área de conocimiento, es decir, la presunción de que sabe los pormenores técnicos de esta área, minimiza el riesgo y peligro, a la vez que aporta seguridad y fiabilidad sobre sus resultados. La consecuencia directa de los “sistemas expertos” es que hoy en día, para cualquier trabajo, se exige una cualificación documental, un título que acredite el conocimiento técnico de ese oficio en concreto. Por este motivo, el aprendizaje consuetudinario ya no resulta viable para encontrar trabajo. Aunque pueda tenerse idéntica capacidad técnica, en ocasiones incluso mejor, la ausencia de acreditación genera desconfianza e impide la contratación.

Por este motivo, los hijos de canteros que aprendieron el oficio de forma tradicional, hoy están matriculados en las Escuelas-Taller o en la Fundación Laboral de la Construcción del Principado de Asturias, dentro de un “sistema experto” que los cualifica para ejercer de canteros o albañiles. A ojos de sus padres, la educación que reciben es deficitaria, muchos profesores no tienen la suficiente preparación y los alumnos están desmotivados y “fuman porros”. Incluso algunos profesores afirman que sólo el 15% de los alumnos aprovechan las clases: “que te salgan auténticos profesionales hay muy pocos”. Pese a ello, consideran que todo esto es un mal menor y que lo prioritario es obtener el título.

No obstante, existe una marcada sinergia entre el aprendizaje tradicional y el estandarizado. Muchos profesores de los módulos de cantería, en los cuales también se enseñan las técnicas de piedra seca, son profesionales en activo o jubilados que aprendieron su oficio de forma consuetudinaria y que ahora lo reformulan dentro del “sistema experto”.

b) La piedra seca en la actualidad: abandono vs. patrimonio

La piedra seca es una técnica constructiva que hoy se encuentra en franco retroceso en el medio rural. Únicamente se practica para reparar infraestructuras previas sencillas, sobre todo cierres de fincas, o “para algúna remendada” (Tapia), pero nunca para crearlas de nueva planta. Incluso así, la rapidez y comodidad que aporta utilizar cemento como mortero hace que muchas de estas reparaciones ya no se hagan a piedra seca, a no ser que se localicen en parajes alejados del núcleo de población o de difícil acceso:

Eso [la piedra seca] ya no se lleva, home. En las fincas estas sí, en los cierres sí, porque pa arreglar un tramín ahí ¿pa qué llevar cemento? Hacela otra vez así y, hala, hasta dentro de dos o tres años que vuelva a caer. (Somiedo).

La pérdida de funcionalidad de las edificaciones a piedra seca hace que éstas se abandonen y terminen por derrumbarse, lo que resulta especialmente traumático en el caso de las cabañas de pastores que, poco a poco, están desapareciendo del paisaje culturizado de la braña. Paralelamente a este proceso, está aconteciendo un interés por lo tradicional, al menos en su formulación estética, surgiendo la moda del “falso seco”. Esta tendencia consiste en reparar o construir con mortero, pero disponiéndolo de tal forma que no sea visible al exterior. Así se consigue un aspecto rústico pero sin tener que hacer frente a sus inconvenientes, como son el tiempo invertido en la obra y en su posterior mantenimiento. Quizá por desconocimiento, la técnica con mortero genera en la actualidad más confianza que la de piedra seca, incluso a la hora de levantar un cierre: “mejor va con barro, queda más seguro y mejor” (Tapia). Acostumbrados a la técnica del mortero, no concebimos cómo una estructura levantada con “piedra sobre piedra” puede ser estable y segura. Ante la duda, se opta por el camino intermedio del “falso seco”.

Ambos procesos conviven con un tercero, muy relacionado con el patrimonio, entendido éste como el conjunto de bienes culturales (materiales e inmateriales) seleccionados por los expertos, que evidencian los rasgos identitarios o los valores de una comunidad y que, por ese motivo, deben ser preservados. En este caso, ya no cabe el “falso seco” y, a la hora de proceder a su restauración, se replican las técnicas tradicionales de construcción, como medio para no desvirtuar su valor cultural.

Este renovado interés patrimonial no habría tenido lugar sin un beneficio económico que compensase esa inversión de tiempo, esfuerzo y dinero en unas construcciones que hoy ya no tienen una funcionalidad directa. El turismo es el nexo de unión entre ambos polos. En las últimas décadas, el auge del turismo rural, que busca lo auténtico, lo tradicional y lo artesano por contraposición al contexto urbano e industrial del que procede, ha fomentado la restauración de edificios levantados a piedra seca, particularmente los *corros* de pastores. Con ello, los territorios destacan sus rasgos más definitorios y potencian la experiencia de viaje del turista que, gracias a esta recuperación patrimonial, es aún más consciente de encontrarse en un lugar distinto al suyo. Se incide en el extrañamiento que provoca lo diferente como medio para atraer visitantes y, para ello, no hay nada mejor que “rescatar” aquellas particularidades culturales que puedan ser consideradas más exóticas o más antiguas, y que por ello resultan más atractivas al turista. Éste no es un proceso nuevo, sino que entronca con la fascinación por el llamado “primitivo o salvaje cercano”. A un precio mucho menor, se logra obtener la experiencia de extrañeza y ruptura con lo conocido que aporta conocer otras culturas y lugares, pero, en este caso, sin tener que hacer frente a grandes desplazamientos.

La descolonización acontecida después de la II Guerra Mundial, complicó a la Antropología seguir realizando sus investigaciones entre las sociedades “primitivas actuales” y abrió el camino para estudiar a los que había en casa, en particular a los campesinos de la Europa menos desarrollada industrialmente. España, Grecia e Italia se perfilaron como los países más apetecibles para realizar estos trabajos de campo. Poco a poco, sus resultados y conclusiones ayudaron a comprender unas comunidades que hasta entonces eran despreciadas por su atraso e ignorancia. Esto, unido al ideario folklórico decimonónico, que conceptuaba a los campesinos y ganaderos como

los portadores de las verdaderas “esencias patrias”, antes de que la industrialización y modernidad las desvirtuase, ayudó a perfilar la zona rural como un destino turístico con posibilidades. Las administraciones públicas, conscientes de las ventajas de aprovechar esta tendencia, en cuanto a sus oportunidad de ingresos y como freno al éxodo rural, promovieron iniciativas para dotar al medio rural de los equipamientos turísticos necesarios: alojamientos (nace la denominación Casa de Aldea -CA-), industrias artesanas, etc. Simultáneamente se crearon numerosas rutas que combinaban naturaleza y cultura y que buscaban responder a la pregunta ¿qué pueden ver aquí los turistas? En este punto, dieron comienzo diferentes planes de restauración de arquitectura popular y, en lo que respecta a la técnica de la piedra seca, el concejo de Somiedo y la braña de Sousas (Valle de Lago) resultan paradigmáticos.

Esta braña se caracteriza por un hábitat pastoril de cabañas circulares de falsa cúpula, llamadas *corros*, que forma parte de las rutas turísticas del concejo y que, todavía hoy, es un punto de visita importante. A finales de la década de 1990, el Ayuntamiento de Somiedo inició un plan de recuperación de estas arquitecturas, dentro del módulo de cantería de la Escuela-Taller, como parte del aprendizaje práctico de estos estudios de formación profesional. La falta de financiación interrumpió el programa hacia 2003 y no pudo completarse la rehabilitación de todos los *corros*. Muchos de los que se beneficiaron de él, hoy, trece años después, ya están necesitados de una nueva intervención. Pero esta iniciativa muestra la íntima relación entre la conservación de la técnica y los conocimientos de la piedra seca, intervención pública y patrimonio. La realidad actual muestra que sin el concurso de los dos últimos no es posible garantizar el funcionamiento de la primera en el futuro. Y esto incluye tanto la transmisión del saber técnico, como la conservación de los elementos materiales a los que éste dio lugar. En sí misma, la piedra seca es un conocimiento que no tiene aplicación práctica en el presente y que ha sido sustituida por otros materiales y técnicas más baratas, rápidas y sencillas. Sin embargo, una vez categorizada como patrimonio, con el concurso de la administración pública, pueden desarrollarse diferentes actuaciones que aseguren su permanencia y puesta en práctica. Ésta sería la única vía posible para que la “memoria cultural de la piedra seca” (Zaragozá Catalán, 2005) obtuviese una vigencia en el presente, dejando precisamente de ser un recuerdo del pasado.

Es cierto que existe una tendencia de carácter emotivo, aunque muy secundaria, protagonizada por los propietarios de edificios a piedra seca, por norma general la generación que ya no los conoció en uso, que muestran un gran interés por conservarlos y que se preocupan por hacerlo sin recurrir al “falso histórico” del mortero oculto, pese al coste extra que conlleva. Para ellos, estos edificios son un vínculo con la familia, con sus antepasados, en definitiva con sus raíces, y procuran mantenerlos en buen estado. El uso que hacen de ellos ha cambiado y ya no se relaciona con el aprovechamiento agropecuario de antaño, sino con el tiempo lúdico y de recreo. En la temporada estival, suelen pasar algunos días en estas cabañas, disfrutando del aire libre, el paisaje y la extravagancia de vivir ajenos a la tecnología actual. Pero por sí solos, estos propietarios no pueden garantizar la pervivencia de la técnica ni del conocimiento de la piedra seca. En este sentido, las actuaciones de la Administración, tanto en lo referido a la formación de especialistas en piedra seca, como a la rehabilitación de edificios e infraestructuras resulta esencial.

c) Medidas de salvaguarda

1) Transmisión

Al menos hasta 2009 se estuvieron impartiendo módulos de cantería en los diferentes programas de formación y empleo (Escuelas-Taller, Talleres de Empleo y Casas de Oficios) de los concejos asturianos. Actualmente, la Fundación Laboral de la Construcción del Principado de Asturias prosigue impartiendo cursos de cantería en la ciudad de Oviedo. En ambos casos, pasados y presentes, los alumnos aprenden los diversos sistemas de construcción con mortero y también la técnica de la mampostería en seco. No obstante, en dichos programas de estudio esta última recibe un tratamiento secundario, acorde con la orientación eminentemente laboral de estos cursos de capacitación profesional.

Esto se relaciona con el cese de los proyectos de rehabilitación patrimonial que hasta principios de 2000 se estaban llevando a cabo por algunos ayuntamientos, ya fuese de manera independiente o como "módulo práctico" del curso de cantería. Como ya se ha expuesto en varias ocasiones a lo largo de este documento, hoy en día, la técnica de la piedra seca se relaciona íntimamente con la conservación patrimonial. Su laboriosidad, minuciosidad (todas las personas practicantes de esta técnica coinciden en afirmar que el verdadero profesional se descubre al construir con piedra seca) y el tiempo invertido en la construcción en seco han determinado que, poco a poco, haya sido sustituida por la mampostería con mortero, más barata, fácil y rápida. Por este motivo, en la "vida ordinaria" se prefiere el llamado "falso seco" o el mortero.

Debemos reconocer que el cese de las rehabilitaciones patrimoniales de construcciones a piedra seca ha sido el principal factor de retroceso en lo que a medidas de conservación y viabilidad futura se refiere. Cualquier pretensión de conservar un elemento cultural, ya sea material o inmaterial, debe implicar su reactualización/reubicación en el presente, es decir, debe conllevar una utilidad o beneficio para las personas que son o pueden ser sus potenciales portadoras y las encargadas de transmitirlo a las generaciones futuras. En este sentido, es fundamental huir de planteamientos estáticos y arqueologicistas.

Dentro de la formación no académica, ni relacionada con el empleo, destaca la iniciativa llevada a cabo por el Muséu del Pueblu d'Asturies (Gijón) los días 26, 27 y 28 de junio de 2015, durante los cuales tuvo lugar el encuentro "Paredes de piedra y arquitectura popular. I Encuentro europeo 2015". En él se impartió el curso monográfico "Muros de piedra seca y con mortero en Yorkshire", a cargo de Nigel Copsey, mampostero, conservador y miembro del departamento de Arqueología de la Universidad de York. En los demás cursos del encuentro, también se trató sobre la técnica a piedra seca, si bien no de forma específica: "Muros de mampostería: cómo se mantienen en pie y cómo evitar que se caigan (aspectos estructurales de los muros con su parte superior descubierta)" (Lisa Edden), "La organización benéfica y educativa "Building Limes Forums Ireland" (Lisa Edden), "Muros de piedra y otras estructuras en Irlanda" (Patrick McAfee) y "La mampostería tradicional en el occidente de Asturias. Métodos de estudio" (Javier Fernández Catuxo). Esta iniciativa ha ido más allá de lo esperado para un programa formativo, pudiendo relacionarse con la promoción y revitalización del conocimiento de la piedra seca.

2) Documentación e investigación

Se han realizado catálogos e inventarios de determinadas construcciones a piedra seca, particulamente cortines de abejas, caleros, cabañas y corros de pastores. Sin embargo, se trata de una labor en proceso: aún no se ha terminado de inventariar este tipo de infraestructuras, y la documentación y análisis sistemático de los conocimientos técnicos y formaciones socioculturales asociadas se encuentra en sus fases iniciales.

Se reseñan a continuación los catálogos o inventarios realizados en el Principado de Asturias:

- Inventario de construcciones populares (cortines, palomares y pozos) de los concejos de San Tirso de Abres y Villanueva de Oscos. Fidela Pérez Castro, Carmen Pinto Flecha y Dolores Plaza Torrijos. Estudio promovido por la Consejería de Cultura del Principado de Asturias. 1990.
- Estudio - inventario sobre las construcciones con cubierta vegetal en Asturias. Armando Graña García, Juaco López Álvarez y Mara Herrero Jiménez. Estudio promovido por la Consejería de Cultura del Principado de Asturias. 1985
- Inventario arquitectónico del concejo de Onís (incluyendo majadas de la parroquia de Bobia). Director: Jesús Menéndez Fernández. Estudio promovido por la Consejería de Cultura del Principado de Asturias. 1995.
- Inventario de colmenares tradicionales del Principado de Asturias. Francisco Javier Naves, Ernesto Díaz y Roberto Rubio. Estudio promovido por la Consejería de Cultura del Principado de Asturias. 2009.
- Estudio-Inventario de las construcciones de cubierta vegetal y de los corros redondos del parque natural de Somiedo, Director: Adolfo García Martínez. Estudio promovido por el Ayuntamiento de Somiedo y financiado por la Consejería de Cultura del Principado de Asturias. 2010.

3) Preservación

Como ya se ha indicado anteriormente, hasta 2000 existían varios programas de rehabilitación de construcciones en piedra seca. El llevado a cabo en la braña de Sousas (Somiedo) resulta paradigmático de los desarrollados en el resto de Asturias, por relacionarse con el siguiente punto. Desgraciadamente, estos programas se vieron drásticamente afectados por la reducción de recursos económicos de los ayuntamientos.

4) Promoción

Turísticamente se han promocionado determinados espacios culturizados, en los que se encuentran construcciones a piedra seca. Mayoritariamente se trata de pastos de altura, aprovechados durante el estío, en los que se han construido cabañas y refugios de pastores. El concejo de Somiedo, cuyo turismo está íntimamente ligado al patrimonio etnológico y a los paisajes culturizados, resulta un magnífico ejemplo de este proceso. En él se encuentra la braña de Sousas, que ofrece un hábitat concentrado de corros (cabañas de falsa cúpula) para refugio de los pastores y terneros, y por un complejo sistema de "ol.leras" (fresqueras) que aprovechan los arroyos de la braña para mantener la leche fría.

A finales de la década de 1990 el ayuntamiento de Somiedo inició un plan de rehabilitación de ambas infraestructuras de piedra seca, dentro del módulo práctico de cantería que se impartía en la Escuela-Taller.

Estas labores de restauración fomentaron el turismo en la zona, atraído por el falso primitivismo de estas construcciones y de la propia actividad ganadera así como por la belleza del paisaje en sí mismo. Esta sinergia patrimonio-turismo continúa aún en la actualidad, pese a que las construcciones mencionadas, carentes de labores de rehabilitación, se encuentran en pésimo estado de conservación. Sin duda alguna, la aceptación por parte de la Unesco de la candidatura del conocimiento técnico de la piedra seca coadyuvaría a paliar esta situación, pues supondría un poderoso aliciente para volver a invertir en rehabilitación, como un medio de fortalecer los ingresos provenientes del turismo.

Deben consolidarse, reforzarse y recuperarse estos cuatro pilares, que entendemos son fundamentales para asegurar la transmisión y la conservación del elemento propuesto.

d) Medidas a adoptar para garantizar la salvaguarda de esta técnica

Las principales medidas que debieran ponerse en marcha para conservar y promover los conocimientos y prácticas culturales vinculadas a la técnica constructiva de la piedra seca son:

1) Garantizar la transmisión del conocimiento mediante la formación no académica. Evidentemente, deberá realizarse una adaptación a la actualidad en lo referente a herramientas, condiciones laborales, medios de transmisión, etc. En primer lugar, se trata de transformar un conocimiento generalista y consuetudinario, que prácticamente tenían casi todas las personas del ámbito rural (en particular hombres), en un conocimiento experto superior al de los llamados "curiosos" y equiparable al de los profesionales de la piedra, que requiere de un aprendizaje específico. Al hacerlo, ya se estaría transformando el propio conocimiento y la práctica sociocultural de la piedra seca. Pero este proceso no debe verse como un falseamiento o una pérdida de autenticidad. Al contrario, esta adaptación a los requerimientos del tiempo presente es la única vía para garantizar su viabilidad futura. En eso consiste mantener la tradición, en readaptarla a las necesidades presentes para que siga cumpliendo una función necesaria en el sistema cultural y pueda transmitirse a la siguiente generación, quien a su vez iniciará sus propias modificaciones. En lo referente a las prácticas culturales asociadas a la piedra seca, debe de hacerse un esfuerzo por transmitir cómo eran esas prácticas en el pasado reciente, a modo de contextualización histórica. Y siendo conscientes de que esas prácticas son dinámicas y necesariamente deben regenerarse cada cierto tiempo. De hecho, las propias medidas de conservación implementadas por los países que proponemos esta candidatura, con el tiempo, van a generar unas nuevas prácticas y dinámicas culturales asociadas a la piedra seca.

2) Garantizar la aplicación o práctica material de dichos conocimientos técnicos. Si no se da esta condición, estaremos perdiendo el componente más importante del elemento que se pretende salvaguardar, es decir, su carácter dinámico, performativo, su puesta en práctica. Y lo estaremos condenando a una transmisión de corte estático y arqueologizante. Utilizando la terminología tayloriana, será un "survival", algo perteneciente al pasado que agoniza en el presente. Para evitarlo, debemos proveer a las personas que obtengan formación sobre esta técnica constructiva de un beneficio, de algo que les haga participar del proceso de transmisión, es decir, de una salida profesional. Debemos darles la oportunidad de poner en práctica sus conocimientos recién adquiridos. En el caso de la piedra seca, debemos establecer programas que los vinculen a la rehabilitación y conservación del patrimonio construido con esta técnica. Estos programas deberán incluir un seguimiento y mantenimiento regular de las construcciones intervenidas, con lo cual

también se garantiza la preservación de los paisajes culturizados en los que radican este tipo de arquitecturas e infraestructuras.

3) Implementar líneas de investigación tendentes a profundizar (y en su caso finalizar) en la documentación de las construcciones a piedra seca y de sus conocimientos técnicos. Muy en relación con el punto anterior, para desarrollar programas de rehabilitación resulta determinante saber en qué territorios aplicarlos, sobre qué elementos arquitectónicos y por qué motivos. Unos posibles criterios pueden ser la excepcionalidad y/o generalidad tipológica, la antigüedad y/o modernidad constructiva, la identidad territorial, etc. Para determinar estos aspectos es imprescindible documentar y conocer.

4) Diseñar políticas de difusión y turísticas junto a los ayuntamientos y agencias de desarrollo local. El objetivo es poner en valor los paisajes culturizados en los que se enclavan las principales construcciones a piedra seca. En el caso de Asturias, el único temor sobre hacer peligrar aquello que se pretende conservar debido a una excesiva exposición pública, únicamente puede vincularse a la degradación de paisajes generada por la masificación turística. No obstante, incluso esta posibilidad es bastante improbable, una vez se tiene en cuenta el perfil del turismo asturiano y la ubicación de los núcleos arquitectónicos en piedra seca en zonas de alta montaña, alejadas de los núcleos turísticos, mayoritariamente localizados en la costa. En cualquier caso, de detectarse la génesis de esta problemática, se implementarán las medidas adecuadas en orden a evitar dicha masificación, como la restricción del acceso, de modo similar a como se ha hecho en los Lagos de Covadonga.

Dentro de estas políticas de difusión, es de capital importancia implementar una serie de medidas para que este patrimonio etnológico (conocimientos, prácticas, construcciones arquitectónicas) cruce la frontera y avance hacia la consideración de la denominada "alta cultura", en orden a lograr su dignificación y completa aceptación por parte de las personas no expertas en la materia. Con ello se estaría fortaleciendo otra vía para asegurar su conservación futura: la vía del reconocimiento, identificación y patrimonialización por parte de la ciudadanía asturiana, en el sentido de iniciar procesos hacia su percepción como algo propio, formativo de uno mismo. Sería importante vincular los conocimientos y prácticas de la piedra seca a espacios y foros de reconocido prestigio social como son los museos, determinados medios de comunicación, congresos, cursos de extensión universitaria, publicaciones, etc.

4.- BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, Pierre (2000): *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.

GIDDENS, Anthony (1994): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza.

MARTÍN GALINDO, José Luis (2006): "Los chozos extremeños: referente histórico y recurso socio-cultural para el futuro", *Revista de estudios extremeños*, vol. 62, nº 2, Badajoz: Centro de Estudios Extremeños, pp. 839-890.

PRATS, Llorenç (1997): *Antropología y patrimonio*, Barcelona: Ariel.

SAHLINS, Marshall (1983): *Economía de la Edad de piedra*, Madrid: Akal.

SÁNCHEZ LÓPEZ, Lorenzo (1993): “Las construcciones circulares de falsa cúpula: los bombos manchegos”, *Zahora. Revista de tradiciones populares*, nº 38, vol. I: “I Congreso Nacional de Arquitectura Rural en piedra seca”, Albacete: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Albacete, pp. 349-368.

TYLOR, Edward Burnett [1871] (1976): *Cultura primitiva: los orígenes de la cultura*, Madrid: Ayuso.

ZARAGOZÁ CATALÁN, Arturo (2005): “La arquitectura popular de piedra en seco como memoria cultural”, *Seminario: La Doctrina de la Restauración a través de las Cartas Internacionales*, Valencia. En línea:
<https://riunet.upv.es/bitstream/handle/10251/28161/09.pdf?sequence=11> [consulta de 19/09/2016].

5.- INFORMACIÓN TÉCNICA

a) Datos de la investigación

Todas las personas que han apoyado y colaborado en este proyecto de documentación de la piedra seca, ya sea a título individual o como representantes de diversas instituciones, fueron informadas acerca de sus objetivos, medios de trabajo y posibles implicaciones a corto, medio y largo plazo, destacando que algunas de ellas, posiblemente, podrían llegar a afectarles de forma directa. Del mismo modo se les informó sobre la posibilidad de mantener o no el anonimato sobre su contribución, a determinar por elección propia. Una vez dispusieron de toda la información, algunas personas, en pleno ejercicio de su autonomía y libertad, determinaron no participar en la elaboración de la candidatura, mientras que otras manifestaron su conformidad e interés por formar parte de ella.

Se optó por seguir dos sistemas de información: el oral para las personas portadoras y practicantes del conocimiento de la piedra seca y el escrito convencional para los representantes institucionales. Esta trato diferencial fue fruto de una reflexión meditada acerca del consentimiento previo e informado, el cual ha sido objeto de cierta controversia, pese a reconocerse su imprescindible función ética. Por razones obvias, se preveía que el mayor grado de vinculación, complicidad y familiaridad en el desarrollo de la candidatura se produciría con las personas portadoras y practicantes del conocimiento de la piedra seca. Con ellas se decidió seguir las pautas referidas al consentimiento informado del Código Ético de la Asociación Americana de Antropología (2009). En este sentido, se descartó el consentimiento escrito por ser un medio que, al acontecer antes de que las partes implicadas establezcan vínculos, genera desconfianza, asusta y distancia. En su lugar se realizó una explicación oral detallada y comprensiva, que se produjo en dos tiempos. Primero, cuando se contactó por teléfono con estas personas, como paso previo a la entrevista personal. En esta fase algunas personas decidieron no colaborar. Segundo, ya de forma presencial, antes de comenzar la entrevista.

6.- DOCUMENTACIÓN FOTOGRÁFICA



Piedra cuarcítica u *oxiza*



Pedregal al fondo



Zutrón



Plomada



Esquinal en *trescantu*



Lienzos externos y cámara muraria



Mourón o frontal



Sistema de cerramientos



Llábanas actuando como cobixas



Michinales



1) Sobrepuerta 2) Aguya 3) Tran-
queru 4) Aguya 5) Solera



Ol.lera



Calva de *destapinar*



Conjunto de *corros*



Cuerria o corra de castañas



Corro usado en vacaciones

7.- AUTORÍA DE LA FICHA

La investigación que ha dado lugar a este documento descriptivo de la técnica constructiva de la piedra seca asturiana ha sido llevada a cabo por Cristina Cantero Fernández, a lo largo del año 2016.

